

plásticas y la Literatura, estudiando la relación que existe entre el movido arte gótico y el carácter desbordado de obras literarias medioevales como los misterios de la pasión y las crónicas profanas dramatizadas, cuyo ritmo se opone al Racionalismo renacentista que de la misma manera que en las Artes plásticas, valoriza lo lineal y las proporciones, en la Literatura impone—como conceptos análogos—el principio de las unidades dramáticas. El examen de estas relaciones entre fenómenos culturales que hasta ahora se estudiaban desconectadamente, es ya uno de los frutos de la nueva y arriesgada orientación que toman en este momento en Alemania las Ciencias del Espíritu. Una tercera orientación que completa las dos anteriores es la que se ha dirigido al estudio de la psicología individual de los artistas, e investiga por lo tanto aquellos elementos no utilizados por la corriente formal y la escuela psico-histórica. El librito de Passarge da sobre todos estos problemas un interesantísimo panorama.—*M. Picón Salas.*

FILOSOFIA

SAGGI SULL'IDEALISMO MAGICO, por
Just Evola, Editorial «Atanor».
Todi (Roma).

El filósofo italiano Just Evola ha publicado varias obras que le han dado en Europa una merecida fama. Las especulaciones de todo tiempo, del Oriente y del Occidente, convergen en la filo-

sofía de Evola, quien con su pensamiento poderoso y maravillosamente agudo ha elaborado un sistema filosófico integral, que se levanta audaz y renovador sobre la gris producción pseudo filosófica de la presente época.

La filosofía de Evola es, en efecto, original y audaz, intensamente pensada, y que a pesar de su audacia no puede ser fácilmente combatida. La lectura de las obras de este pensador, llega a desconcertar y a turbar intensamente, porque Evola escarba profundamente en el significado de la vida.

Escritas con un estilo maravillosamente lúcido y con una fuerza dialéctica verdaderamente extraordinaria, estas obras representan la síntesis más alta y completa del pensamiento contemporáneo y la expresión dialéctica más poderosa del espíritu occidental moderno.

Just Evola ha expuesto su sistema en varias obras que no han llegado todavía a conocimiento de Hispanoamérica, entre las cuales tienen una gran importancia los «Saggi sull'Idealismo Mágico», «L'Uomo come Potenza» y la «Teoría dell'Individuo Assoluto».

En esta crítica nos limitaremos a la primera obra, que representa como el prefacio al sistema del idealismo mágico, ya que tiende a demostrar las varias exigencias históricas de nuestra época hacia una revolución espiritual, examinando el significado profundo del pensamiento de Carlos Michelsler, Otto Braun, Giovanni Gen-

tile, Octavio Hamelin y Hermann Keyserling, y descubriendo el significado del arte modernísimo, estudiando la posición de la filosofía con respecto del llamado ocultismo y descubriendo el significado de los movimientos sociales, que a pesar de las apariencias revelan siempre la existencia de un profundo problema individual.

El autor plantea el problema de si la crisis de la civilización presente tenga un carácter meramente negativo, que preludia la disolución, el «pralaya» de un entero ciclo de civilización, como pretende Spengler, o si no se manifiesta en ella un despertar y la germinación de una nueva vida.

La crisis actual supera en mucho a cualquiera otra porque el desplegamiento del espíritu moderno ha llegado a un momento crítico que transmuta la conciencia racional y aquella religiosa, desde el arte a la economía, desde las ciencias naturales a la ética. En todos estos campos, los antiguos principios se desmoronan y ya no satisfacen.

Basándose en el principio de que, en el fondo, en todo campo de actividad, el espíritu tiene que hacer sólo consigo mismo, y que todos los problemas, en cuanto problemas humanos, se reducen a uno solo, el de la certidumbre de sí, el autor demuestra la necesidad de que se investigue en el campo filosófico, para encontrar directamente el centro y el fundamento de la crisis del espíritu contemporáneo.

La posibilidad de llegar a en-

contrar por este camino la clave para resolver el problema contemporáneo, se basaría en el principio de Hegel, según el cual en la filosofía debe reconocerse la forma en que las exigencias que oscuramente operan en los varios campos de la cultura y de la actividad de una época vienen a tomar conciencia de sí mismas.

Una vez encontrado el principio fundamental para resolver la crisis del espíritu contemporáneo, se podría demostrar su eficacia en la explicación y solución de los diversos aspectos de la vida moderna.

Ahora bien, cualquiera que sea la dirección por la que se dirija la investigación filosófica, para poder juzgar de sus conclusiones es imprescindible poner el problema gnoseológico, que es en efecto el problema fundamental de la filosofía.

¿Cómo es posible el conocimiento, es decir, la relación entre conocedor y conocido? ¿Y cuál es el sentido del conocimiento?

La solución dada por la especulación moderna al problema gnoseológico es, esencialmente, el idealismo o con más precisión: en la concepción del mundo del idealismo se ha ido a reconocer la base para un sistema de absoluta certeza.

El idealismo, como es sabido, consiste en la afirmación de que un mundo externo, existente en sí e independiente del conocimiento y por tanto del Yo, no se puede en ningún modo afirmar sin caer en las más extrañas contradicciones: y que por lo tanto, el universo

entero no es sino un sistema de nuestra actividad cognoscitiva, esto es, no existe sino *gracias* al Yo u *para* el Yo.

Esta concepción es el resultado lógico de las especulaciones filosóficas desde que se ha concentrado la atención sobre el problema del conocimiento. De una cosa que fuera verdaderamente extraña a mí, yo no podría en ninguna manera afirmar la existencia. Una cosa se puede afirmar solo en cuanto se conoce, esto es en cuanto ella está comprendida en la esfera del Yo. De esto se desprende que la única realidad de la cual yo pueda en verdad hablar de una cosa, es aquella que coincide con su percepción, y que por lo tanto nace de mi percepción, sin la cual ella, para mí, no existiría en absoluto.

Por lo tanto, según el idealismo el conocimiento no es, como se cree generalmente una reproducción, sino una creación de su objeto. El mismo No-Yo de los primeros idealistas y el «noumen» de Kant no existe sino en cuanto es un *quid* puesto por el Yo.

El sentido común y la ciencia positiva, a pesar de las apariencias, no hacen sino confirmar el idealismo. Según el sentido común la verdad es lo que inmediatamente se percibe: las relaciones y cualidades que pretendemos que sean esenciales en las cosas existen solamente en nuestro mundo subjetivo: el sabor dulce del azúcar, el dolor de una puntura de alfiler o la tristeza de un atardecer no son propiedad esenciales

del azúcar, del alfiler, ni del atardecer.

En el campo científico, Kant demostró que la experiencia no puede hacer juicios de necesidad, de manera que cada vez que la ciencia postula una verdad objetiva, esto es como válida universalmente, en esto no puede ser justificada sino por una teoría idealista. Lachelier observó a este respecto que la legitimidad del «principio de inducción» se basa únicamente en el idealismo, ya que sin él, el mismo empirismo de Mili sería imposible.

El principio fundamental de la ciencia es que la naturaleza es cognoscible, y esto significa sencillamente que puede ser resuelta en las formas intelectivas del Yo: esta es la premisa implícita, por ejemplo, de la geometría analítica, cuando adecua la física a la geometría y la geometría a la función algebraica, y cuando se aplica el cálculo diferencial a la mecánica, o cuando se supone conveniente el concepto, absolutamente teórico, del infinitesimal. Todo esto es puro idealismo.

Sin embargo, se presenta una dificultad: ¿por qué, si el conocimiento es una verdadera creación, yo estoy obligado a percibir de una determinada manera? ¿por qué me encuentro ante algo que me parece impuesto por el exterior? ¿Quién es en este caso el verdadero creador del Universo?

Para superar esta dificultad, los idealistas han aceptado el concepto muy ambiguo y contradictorio, del Yo absoluto, que serviría para

justificar la impotencia del individuo ante el idealismo.

Ahora bien: el gran mérito de Just Evola es precisamente el de haber hecho una crítica demoleadora de este concepto ambiguo de la filosofía moderna, y de haber superado con su dialéctica las aparentes contradicciones del idealismo.

Según Evola, la deficiencia del individuo ante el universo representa un momento de un proceso cósmico, un momento que debe ser la iniciación de una labor de conquista y de dominio sobre sí mismo y sobre el universo entero. De la filosofía se pasa pues necesariamente al yoga y a la mágica.

Es precisamente en el desarrollo de esta tesis en la que Evola demuestra su originalidad y su fuerza dialéctica. El demuestra la necesidad de una autorealización absoluta, mágica, como lo que debe decidir la verdad o falsedad del idealismo.—*Mario Antonioletti.*

POLITICA

MIRANDO HACIA LA U. R. S. S.—
(A propósito del «Código Civil Soviético»).

Después de un período casi de unánime incompreensión, de una constante impugnación parcializada, llegada frecuentemente al paroxismo, donde en forma sistemática se repudiaba con violencia todo lo que tuviera origen en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas,

está creándose y afirmandose con solidez nn período de interés ascendente para aprender el conocimiento más o menos exacto, de lo que existe y se realiza en el territorio ruso desde que los bolcheviques se apoderaron del poder. Este interés, cada vez más ecuánime, más sereno, está desplazando la expectación temerosa, la detracción empecinada y dándole cabida al estudio consciente, razonado, del experimento soviético.

Desde los círculos más diversos se extiende hoy día una mirada comprensiva hacia la U. R. S. Militares (el general norteamericano W. Hashkel, por ejemplo (1), miembros del clero, hombres de ciencia, intelectuales, etc., etc., que han podido palpar, en viajes a través del país bolchevique, la labor que estos efectúan por consolidar el nuevo régimen, lo que hasta ahora han logrado construir—después de esfuerzos de evidente magnitud—tienen concretas opiniones de elogio para los bolcheviques. Antes, eran sólo los comunistas de todos los países los que se referían en un sentido laudatorio de la tentativa emprendida por los revolucionarios rusos, con un fervor y apasionamiento casi religioso, muy digno de respeto siempre, por el peligro que entraña dentro de los regímenes capitalistas, aspirar y luchar por una organización gubernamental idéntica a la de la U. R. S. S.

También algunos intelectuales—entre los individuos independientes,

(1) Ver «La Nación» de Buenos Aires del 5, 12 y 19 de Julio de 1931.